

NÚMERO ESPECIAL

Todo sobre Molloy

**SENTIDO DE PRESENCIA:
SYLVIA MOLLOY Y LAS MARCAS DE LAS
COSAS EN COMÚN**

Cristina I. Fangmann

Universidad de Buenos Aires

Licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires y Doctora por la Universidad de Nueva York. Ha dictado clases en universidades de Estados Unidos y Buenos Aires, sobre lengua española y literatura latinoamericana. Es docente regular de Teoría y Análisis Literario en la Facultad de Filosofía y Letras. Desarrolla su trabajo de investigación en el marco del Instituto de Literatura Hispanoamericana (FFyL) de la Universidad de Buenos Aires, donde coordina el Grupo de Estudios Andinos, junto con la Dra. Aymará de Llano. En los últimos años se ha especializado en literatura de y sobre Bolivia. Ha publicado artículos académicos sobre escritores latinoamericanos, y ha traducido textos del inglés, italiano y portugués.

Contacto: cifangmann@gmail.com

Buenos Aires, 13 de abril de 2020

Querida Sylvia,

Me desperté de madrugada pensando en esta carta que te estoy escribiendo desde hace muchos días. Como decía Silvina, en uno de esos "diálogos imaginarios", te escribía mentalmente, te hablaba y te invocaba... Justo para la época en que ibas a venir a Buenos Aires se propagó la pandemia y se decretaron las cuarentenas... Me angustió pensar que no vendrías por mucho tiempo; que tampoco yo podría viajar a Nueva York, como esperaba hacer en un futuro mediato.

De ausencias y de presencias. Esta ausencia tuya, ahora cabal, nítida, pesa más porque ya no somos nosotras las que decidimos los viajes, las idas y vueltas, las itinerancias que signaron nuestras vidas. Ahora son los gobiernos y los infectólogos quienes marcan las fechas del calendario de nuestros días de encierro. Ellos deciden por nosotras, nos "cuidan", nos vigilan, en una sutil, invisible y engañosa línea que pasa de uno al otro lado. Pasarán largos meses hasta que podamos volver a vernos y abrazarnos. Irónicamente, había puesto este título -"sentido de presencia"- muchos meses antes; ahora cobra un sentido casi literal: tu presencia sentida, querida, invocada, como siempre, pero más.

Recorro los títulos de tus libros, en los que esta oscilación entre *presencia* y *ausencia* nos vuelve a convocar. *En breve cárcel*, traducida al inglés como *Certificate of Absence* actualiza esta situación de encierro, resignifica las ausencias y alcanza una dimensión especial en este momento. Y como **contracara**, *At face value: el Acto de presencia*, el que nos repone el cuerpo y la voz en el disfraz de la escritura. Como reconoce Paloma Vidal, el título en portugués nos confirma esa presencia con el discurso jurídico: *Vale o escrito*. El valor compensatorio de la escritura.¹ Los textos que nos devuelven el sentido de presencia, las ganas de sobrevivir...

¹ Paloma Vidal, "Molloy, siempre tan literaria", en *Estar entre. Ensayos de literaturas en tránsito*. Buenos Aires, Grumo, 2019, pp. 49-57.

Comienzo la reseña que escribí sobre este libro en 1999 refiriéndome al título:

"*At Face Value*. El título original del libro escrito en inglés muestra en su centro una de las claves del objeto que estudia: *Face* es cara, es rostro; *at face value*, una expresión difícil de traducir. El diccionario dice: "tomar algo 'a pie juntillas', nominalmente. Nominal: nombre. Nombre, rostro ... presencia prefiere la autora para el título en español. Porque elige para su libro escritores que decidieron escribir sobre sí mismos, sobre sus vidas, sobre las imágenes de sí, sobre sus "actos de presencia", que no son sólo actos de presencia en la vida -a Molloy no le interesa "distinguir hechos de ficción"- sino fundamentalmente, actos de presencia en la escritura. Por eso también son actos de "defacement", de borramiento, de camuflaje".

La letra se hace más patente que nunca. Te escribo esta carta que en su origen fue manuscrita. Escribir a mano me acerca más, me conecta más... La elección del formato es otra inspiración de Silvina, tan cara al género epistolar. Sus cartas, sus cuentos enmarcados en cartas, las cartas guardadas en el cajón, las epístolas a Giorgio de Chirico y a otros personajes reales o inventados me invitan a esta forma de comunicación más íntima y sincera. Pero a diferencia de las cartas de Silvina ésta, espero, no será “irremisible”. Sabés muy bien cuánto me cuesta sacar los papeles del cajón, mostrar lo que escribo, y en esta ocasión que te involucra como destinataria, más aún. Si me animo a hacer público algo del ámbito de nuestra intimidad es porque después de tantos años lo que prevalece es el afecto. Es el cariño el hilo conductor que irá hilvanando, en esta carta-collage, escenas y recuerdos de “las cosas que tenemos en común”.² Va la carta como obsequio, como retribución y agradecimiento por todo lo que recibí de vos: de tus clases, de tus libros, tus gestos, tus palabras, tus enseñanzas de las letras y la vida.

Y al principio fue el nombre...

Lo primero que supe de vos fue tu nombre y apellido como **autora** del libro recomendado por Beatriz Sarlo en las clases de Literatura Argentina II en la UBA. Un nombre propio en una bibliografía. La lectura de ese libro trajo tus palabras e ideas sobre las *Letras de Borges*. Pero también nos introducía a la figura del *flâneur* de Walter Benjamin y anticipaba en el análisis del sujeto borgeano, a la *voyeur*³, esa futura narradora de tus textos literarios situada en el borde, *desplazada*⁴; la que observa, y aun espía, a través de los intersticios, la vida de lxs otrxs. La narradora curiosa ¿o chismosa? que se oculta o camufla. Silvina (¡once agáin!). Ella y sus narradoras. Ella: me contaste que la fuiste a visitar y en vez de recibirte y atenderte te dejó esperando. Y luego te contó que te había estado mirando, escondida... Sus narradoras: la de “El impostor”, trepada al techo del rancho para espiar a los amantes; la Muñeca, obligada a espiar por la cerradura del baño en “El pecado mortal”...

Las letras de Borges nos lanzaba —a los estudiantes de los ochenta— a la lectura de Roland Barthes y nos enseñaba operaciones de análisis textual. A su vez,

Cristina Fangmann, Reseña de Sylvia Molloy. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. En *Filología. Revista del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso”*, Año XXXII, 1-2, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1999, pp. 236-238. ISSN 0071-495 X. Accesible en:

[file:///C:/Users/redes/Documents/TEORIA/Rese%C3%B1a%20Molloy%20-%20Filolog%C3%ADa%2032%20\(1-2\).pdf](file:///C:/Users/redes/Documents/TEORIA/Rese%C3%B1a%20Molloy%20-%20Filolog%C3%ADa%2032%20(1-2).pdf)

² Dedicatoria de Sylvia a mi ejemplar de *Vivir entre lenguas*.

³ El *flâneur-voyeur* que Sylvia figura ya en el primer capítulo de *Las letras de Borges* reaparece en el ensayo “Flâneries textuales: Borges, Benjamin y Baudelaire”, añadido en la edición de Beatriz Viterbo, en 1999, pp.191-207.

⁴ “Un modo de estar en escena de la narradora (...) retirada de la pose, desplazada, observando a cierta distancia, con un diferimiento irónico”, dice Paloma Vidal sobre algunos textos de Molloy. Me pregunto: **¿No es acaso también una pose ese retirarse?**

nos mostraba –performáticamente- esas operaciones en la escritura de ficción y de poesía.

Del nombre de autora al nombre propio

Ese nombre de autora crítica pasó a convertirse en nombre propio cuando por primera vez tuve que dirigirme a vos. Y esa primera aproximación personal fue en forma epistolar. Se trataba de mi carta de presentación para postularme al Doctorado en NYU. La respuesta llegó con tu firma – de puño y letra- en tu carta de aceptación.

No puedo creer que hayas tenido que convencerme. Es que me habían escrito desde Duke. Esta vez fue una conversación telefónica. Seguramente, la primera que tuvimos. En ella desplegaste tu poder de persuasión. Tu argumento fue: “Venís de Buenos Aires, no podés ir a Duke...es como irte a vivir al campo. ¡Acá estarás en Nueva York!”. Fue la primera de varias negociaciones, una en la que sin duda, ganamos las dos. Nunca había estado en Nueva York y no sabía aún lo que significaba vivir en esa ciudad que después me cautivó.

En ese momento tampoco sabía mucho sobre vos; no tenía conciencia del nivel de reconocimiento y respeto que tenías en la academia norteamericana, ni sobre tu carácter de pionera en los estudios de género. Esa conciencia se fue forjando paulatinamente con algunas señales: eras respetada, reconocida, y además, (supe después) eras amiga de Josefina Ludmer, Beatriz Sarlo y Ana María Barrenechea, las tres profesoras a las que yo había pedido mis cartas de recomendación. Todas ellas recalcaron que me convenía ir a NYU (antes que a otras universidades en Estados Unidos), porque allí estaba “Molloy”. La otra señal me la dio mi amiga Betina Kaplan, quien se había ido un año antes a la Universidad de Columbia. Cuando supo que yo iría a NYU, me regaló *En breve cárcel*. Como nos contaste a Agustina Comedi y a mí en la entrevista que te hicimos en 2015, tu primera novela publicada había circulado poco, algo clandestinamente, en Argentina. Josefina nos había hablado de los Estudios de Género, un área que se estaba abriendo en las universidades de EEUU, como un campo nuevo. Para mí, que apenas había leído a Puig, la lectura de tu novela me abrió un mundo, el de las lecturas de ficción con perspectiva de género.⁵ Un campo que, obviamente, tus clases

⁵ Sylvia Molloy, *En breve cárcel*, Barcelona, Seix Barral, 1981. En 2015 Agustina Comedi y yo entrevistamos a Sylvia en su departamento de Buenos Aires. En esa ocasión, Sylvia nos refirió la “censura no manifiesta” que afectó la publicación de la novela. Según entiende, la novela no fue aceptada para su publicación en Sudamericana (aun siendo su amigo, Enrique Pezzoni el editor).

“Sarduy se la presentó a Pere Ginfrer en Seix Barral, quien la aceptó. En Buenos Aires circuló en fotocopias; tuvo una circulación *underground*. Hubo reseñas muy cautelosas, como la de Gudiño Kieffer en *La Nación*. El tema, “el amor de Safo”. Me asociaba con una línea “extranjera” y me relacionaba con Sade. Ella vive afuera, no acá. 1981/82.”

ampliaron, profundizaron y ejemplificaron con textos teóricos y literarios hispanoamericanos. Encontré ahí una primera muestra de tu coherencia, una toma de posición ética y en un sentido, política: la escritura de ficción, la escritura crítica y la teórica sostenidas, afirmadas, *involved*, en el enfoque de género.

Fue cuando llegué a NYU, en tus clases, hablando con colegas de distintos países y siendo testigo de tus avances en el enorme trabajo de gestión, que me di cuenta del gran privilegio que tenía de ser tu alumna y años después, de que dirigieras mi tesis.

Abril de 1991. En uno de los últimos vuelos de Panamerican llegué a Nueva York por primera vez en mi vida. Al mismo tiempo te conocí a vos y a la ciudad en la que viviría por los próximos cuatro años. Fue un viaje breve, de reconocimiento del terreno. Descubrimos en ese primer encuentro algunas de las varias y variadas cosas que tenemos “en común”, como me decís en la dedicatoria a mi ejemplar de *Vivir entre Lenguas*. Hablando de “nombres”, mi papá Charlie, (como el padre del protagonista –*quite* alter ego de SM- de *El común olvido...*) era un joven aprendiz en el frigorífico inglés en el que Mr. Molloy era el director. La común ascendencia anglo, la zona de la ciudad donde nos criamos, y como descubrimos en algún momento, hasta el número de nuestras direcciones coincidían. Son los barrios, los nombres de algunas calles, el recorrido del colectivo 60 y del tren Mitre que va a Tigre los espacios compartidos que se rememoran en la novela.

Pero más allá de estas coincidencias, las cosas propias que tenemos en común son, sobre todo, **las letras y los gatos**. Acá hago un punto para agradecerte especialmente, pues no sólo me enseñaste mucho sobre asuntos literarios, sino también en el trato con los gatos. ¿Te acordás? Mi prueba de fuego la pasé apenas llegué a Nueva York. Me propusiste que me quedara en tu casa a cuidarte los gatos. *My first job in the city*. Tu firma esta vez llegó manuscrita y sin apellido en una carta de bienvenida. “Espero que los chicos se porten bien”, me escribiste junto al teléfono del veterinario, *just in case*. Los “chicos” eran siete gatos que habían alcanzado el estatus de “indoors” al que se sumaba un grupo de “outsiders”, que visitaban el jardín y venían a comer regularmente. Por suerte nos llevamos bien y todos sobrevivimos. En esa semana, sin haberte visto, te conocí más íntimamente a través de los gatos y de detalles de tu casa: tus libros, tus objetos, tu letra de mano zurda grande y redonda en papelitos⁶... Uno de esos días, a la sazón, 29 de agosto, supe que

⁶ PAPELES Y PAPELITOS: Allí en tu casa, pegados en la biblioteca, en la cocina, al lado del teléfono; en la oficina, con anotaciones, listas de nombres, teléfonos. Para no hablar de tu agendita, con los nombres anotados abigarradamente, las hojas sueltas agarradas con una gomita. Algo que me recordó también el modo en que doblás los billetes (con gomita?) y los guardás en el bolsillo, como hacía mi abuelo.

era tu cumpleaños. Es que el contestador automático recogía a cada rato mensajes de afecto y saludos. Supe también, por algo que flotaba en el aire de la casa, que dos mujeres podían convivir armoniosas y amorosamente. ¿Nunca te dije que era muy ingenua en esa época? Fue un descubrimiento importante cuando justo acababa de separarme de mi primer marido.

- “Los gatos me quitan la angustia, me apaciguan, me tranquilizan”, nos decís en la entrevista.

Tus gatos de Chelsea me rescataron, me ayudaron a sobrevivir en esos primeros días de “exilio”. Por primera vez vivía sola y fueron Willy y su pandilla mis compañeros inolvidables.

Pero fue Rosenda nuestra gata “en común”. Una vez más me convenciste con otra estrategia de persuasión. Yo me había mudado a Brooklyn y quería criar. Te pedí una gata chiquita. Siempre decís que cuando Emily la rescató del subsuelo del tribunal se (¿o te?) engañó; siempre sospecho que me engañaste a mí. Cuando la fui a buscar era una gorda grandota y sin cola. No lo podía creer, pero ya era mía. O, mejor dicho, nuestra. Porque mi “pana” del alma, y *roommate*, Sonya Canetti Mirabal, la crió conmigo. Y finalmente se la llevó a su hermosa casa de Caguas en Puerto Rico cuando yo volví a Buenos Aires. El nombre, inspirado en el Rosendo Juárez borgiano. Para esa época habíamos tomado tu curso sobre Borges. Así fue la historia de Rosenda, de Brooklyn al Caribe con su nombre de compadrita.

En la entrevista hablamos largamente de los gatos. También Agustina es gatera y había ocurrido algo muy lindo: mientras preparábamos la entrevista en su casa uno de sus gatos se subió a la pila de tus libros que estaban sobre la mesa. También hablamos sobre las autobiografías, temas que convergieron en tu frase: “Los gatos tienen un sentido de composición de sí mismos...son muy compuestos... son estupendos actantes de presencia”.

¿Y no es acaso lo que lees en las autobiografías de los escritorxs hispanoamericanxs? Cómo se compusieron a sí mismos... ¿Y no es acaso lo que hacen tus narradoras de autoficción/autoficcionales? O ¿cómo decirlo? El *yo* que narra tus recuerdos, reales, inventados o prestados, como sabés reconocer... Componerse a sí mismxs.

Lo cierto es que los gatos nos inspiran, nos hacen reír, nos divierten y nos consuelan. Desde aquella vez en que cuidé tus gatos, ellos siempre estuvieron presentes en nuestras conversaciones, en las cartas y mensajes de correo. En cada viaje nos ponemos al día y es muy gracioso cuando bajás el tono de voz para *confesarme* que han adoptado a alguno más. Y ya van... en

seguida viene la justificación. Te devuelvo una anécdota felina; la encontré en un mail que me mandaste para la Navidad del 2000:

Lo que me contás de tu nueva gata Kiri me divirtió mucho, para qué contarte que nosotros estamos con DOS gatos extra, ambos producto de desalmado abandono. Uno, persa, gris oscuro, andaba por Long Island desde hace meses, muerto de hambre, comiendo como podía y muy atento a nuestras idas y venidas. Resultó ser manso y muy cariñoso, tratamos de regalarlo pero no encontramos candidato (es posible que hasta te haya llegado una foto de él porque Michael, mi ayudante, hizo campaña con todos los estudiantes graduados), por fin hemos decidido quedarnos con él porque los intentos de integración en el grupo madre, por así llamarlo, han funcionado bastante bien. Pero hete aquí que hace unas semanas apareció OTRO gato, también escuálido y abandonado, esta vez hembra, toda negra, un tanto egipcia ella y -- también -- muy mansita y agradecida de que la hiciéramos entrar ya que hace un frío espeluznante. En fin, a ella todavía NO la integramos, buscamos desesperadamente otra casa para ella, es lástima que no te tenga más cerca o te convencía de que a Kiri le hacía falta compañía.

En cuanto a las letras, vuelvo al leitmotiv de "las cosas que tenemos en común" para reconocer nuestros excesos, el tema que "consensuamos" para mi tesis después de otra negociación. Esta vez, no sé si recordás, me invitaste a almorzar. Era el momento para empezar a encarar el proyecto de tesis. Yo había llegado a Nueva York con una investigación avanzada sobre la revista *Primera Plana*, trabajo que me había justificado la equivalencia de la maestría. Pero evidentemente, no te sentías cómoda como para dirigirme un proyecto que ya venía armado desde antes y con el que no te identificabas. Era el final del semestre de 1994 y yo justo había ganado una beca de CLACS para viajar a Brasil y a Argentina a investigar los procesos de modernización cultural durante los años 60 a través de las publicaciones. Por eso para mí fue difícil decidir un cambio de tema y empezar de cero. Tu argumento esta vez fue que lo de *Primera Plana* estaba muy bien para Buenos Aires, pero si yo me quería quedar en Estados Unidos era más conveniente escribir sobre un tema más literario, tendría menos dificultades para obtener un puesto en una universidad de allá, etc. Una vez más me convenciste. Esta vez dudé sobre la cuestión de la ganancia, aunque con el correr de los años, puedo contar y reconocer todo lo que tengo en mi haber.

Empezamos entonces a barajar temas y autores. Me preguntaste qué me había interesado de todo lo que había visto en los cursos. En ese mismo almuerzo pude combinar --bajo la noción de exceso-- algo que habíamos visto en tu clase sobre Modernismo, especialmente en Delmira Agustini, y el Perlongher que había estudiado en las clases de Roberto Echavarren. De

hecho, Perlongher había ido a NYU en abril del 92 para participar del ciclo de poesía neobarroca organizado por Roberto. Su poesía se leía en Buenos Aires pero conocerlo personalmente fue impactante. Unos meses después moriría. El exceso, me animo a decir ahora, compartido, ya que no siempre es desborde, dispersión o divergencia. También puede esconderse en el estilo fragmentario, en las viñetas "entre lenguas", y desde ya, en las "desarticulaciones". Rescato una vez más una cita tuya, cuando decís "el entusiasmo de la escritura". ¿Qué mayor exceso que el del entusiasmo? ¿No es acaso "entusiasmo" estar o sentirse lleno de dioses? El impulso irresistible que empuja a la pluma, que la hace correr sobre el papel. Impulso que en mis trabajos encontraba las riendas de tu letra en los comentarios al margen, en tus sugerencias de cambios, añadiduras o eliminaciones. Y por suerte, también había algún "OK" que traía alivio y me devolvía la confianza. Tus palabras de maestra señalando aciertos, marcando las imperfecciones y sugiriendo pasos para avanzar, caminos para explorar y autoras para leer y analizar. Como Delmira, como Silvina, como María Luisa Bombal o Teresa de la Parra.

Era más claro ver el exceso en Delmira, sobre todo en su contraste con Darío, tal como lo planteaste en tus clases y escribiste en tu artículo sobre los dos cisnes.⁷ Y era evidente que en Perlongher podía analizarse el exceso en diferentes aspectos o planos, desde lo lingüístico, hasta lo estético, pasando por lo político y performativo, pero me costó mucho más asimilar a la nueva autora que me proponías. Justamente, con una metáfora del sistema digestivo me explicabas la idea del exceso y por qué Silvina Ocampo debía ser mi autora ejemplar: sus textos eran difíciles de asimilar, de digerir, de atravesar... y en el caso de la autora, también era difícil de encasillar, de clasificar. Aquí una de tus palabras clave que me resuena en inglés: la *misfit*.

De nuestro "archivo vital y epistolar" rescato un fragmento de una carta. Te la escribí en Buenos Aires en septiembre del 97 cuando estaba trabajando en el capítulo sobre Silvina. Tuve que enviártela por fax pues todavía te resistías a usar el correo electrónico:

Al abrir la carpeta de ese curso (uno sobre Feminismo y literatura dado por Marta Peixoto), lo primero que encontré fue un artículo tuyo (llegaste!), "Sentido de ausencias" (Rev. Iberoamericana, 1985). Acabo de escribir el título y vuelvo a sentir tu ausencia, a extrañarte (carajo! digo, porque me da rabia tenerte lejos cuando más cerca te siento). No me acordaba haber leído ese artículo y al mismo tiempo me resultaba familiar. Me encantó y se me iban ocurriendo mil cosas cuando lo leía. Te hacía comentarios, te discutía

⁷ Sylvia Molloy. "Dos lecturas del cisne: Rubén Darío y Delmira Agustini", en Patricia González (ed. & introd.) y Eliana Ortega (ed.). *La sartén por el mango: Encuentro de escritoras latinoamericanas*. Río Piedras, PR, Huracán, 1984, pp. 57-69.

(lo de las tumbergias, por ejemplo, que no es una palabra de Pepe sino de Silvina. En todo caso, ella se la habrá prestado, pero no hay palabra más propia de Silvina que “tumbergia”. Incluso habla sobre esto en las conversaciones con Noemí Ulla y le dice que le gusta esa palabra porque así suena extranjera, porque nadie la conoce)⁸, y finalmente sentí que estaba metida en tu propio proyecto, ése que declararás al final. Un proyecto que también ya es mío. Siempre me sorprende al pensar cómo me costó entrar en la obra de Silvina y cómo vos me insistías. Hasta tengo escritas frases tuyas donde me decías que trabajara con ella tratando de ver qué me producía. No sé si puedo definir qué me produce porque son muchas cosas contradictorias (como lo es todo en Silvina), pero sí puedo asegurarte que siento totalmente esa conexión con su mundo y como vos decís, al reconocerla como tu precursora, es también el tuyo, o al menos, me lleva hacia vos, que sos quien me trajiste hacia ella... And so on...

Como siempre, en nuestra correspondencia se mezclan los temas académicos con los felinos y familiares, pero para volver a tu rol de profesora rescato de este fragmento –y de mis apuntes– tu indicación que une lo metodológico (verbos como “fijate”, “preguntate”, “tratá de ver...”) con lo emocional (“qué me produce”). Si Barthes hablaba de textos de goce y de placer, este plano de la recepción emocional- y hasta física- lo comprendí mejor cuando leí el libro de Annie Le Brun sobre Sade (¿recomendado por vos? Ya no recuerdo...). Lo indigerible del exceso en su máxima expresión.⁹

Mis apuntes (a veces tomados de conversaciones telefónicas), muestran otro tipo de mezcla: las indicaciones y comentarios incluyen enseñanzas diversas. A veces en tono de sentencia, que vale para la recepción crítica y también para la vida. Hablando de placeres, encuentro esta frase inolvidable:

“No podés controlar el placer del otro”

Si pienso *En breve cárcel* imagino que fue una enseñanza dolorosamente aprendida.

Ya ves, me enseñaste con tus palabras, con tus gestos y también con tus acciones. Desde tus distintos roles siempre aprendía algo nuevo. Como **profesora**, algo que intenté siempre y sigo intentando en mis clases: saber escuchar. En NYU pude apreciar (a diferencia de la masiva UBA) el formato de clase chica. Aunque fuésemos 20 alumnx, un número alto para una clase de doctorado, vos preferías sentarte con nosotrxs alrededor de una mesa. Sin marcar posiciones jerárquicas por medio del espacio del aula (allá, la sala). Un espacio en el que todxs pudiéramos mirarnos las caras, escucharnos,

⁸ Es curioso que el corrector de *word* marque la palabra, él tampoco la reconoce!

⁹ Annie Le Brun, *Soudain un bloc d'abîme, Sade*. Jean-Jacques Pauvert, París, 1986.

intervenir... Dabas tus clases en un tono amigable y era obvio que las disfrutabas. Nos escuchabas, nos respondías, nos explicabas y no por eso dejabas pasar algo por alto si no te parecía pertinente o correcto. Si en vez de clase era un coloquio con invitados, otrxs profesores del Departamento y alumnxs de afuera, eras generosa. Si algunx de tus estudiantes nos animábamos a intervenir, nos apoyabas, nos alentabas. Y luego en las clases, recuperabas esas intervenciones para aprovecharlas con nuevas sugerencias.

Al final de la reseña sobre *Acto de presencia* hablo de tu **tono**¹⁰. ¿Será que aprendí tu enseñanza de ver qué me produce una lectura? Y en ese *texto crítico* sobre las escrituras autobiográficas, comprobé el *placer* de leerle. Podría agregar ahora que evoco tus clases –y conferencias– que también es un placer escucharte. Para volver a las domésticas metáforas digestivas: a los estudiantes que vivíamos lejos de nuestras familias y sobrevivíamos con escasos ingresos en Nueva York, escucharte “nos llenaba la panza”. Salíamos de tus clases satisfechxs, alegres, comentando ideas, encontrando nuevas puntas para seguir leyendo. Valía la pena la distancia, el esfuerzo, la extrañeza... Estábamos en Nueva York y éramos alumnos de Sylvia Molloy. A esa altura sí ya sabíamos que era todo un privilegio. Y nos daba orgullo.

Querida Sylvia, reviso el archivo y me maravillo al encontrar “reliquias” (palabra clave Molloy que tomás de Benjamin y yo he adoptado extensamente)¹¹...

Los años pasaron y nuestros papeles fueron variando. Mis idas y vueltas entre Buenos Aires y Nueva York, luego a Wesleyan y a Vassar; tus viajes cada vez más frecuentes para escribir con la vida tu *Libro de los retornos*. Itinerancias que después de 2004, con mi tesis aprobada (*Finally!*) y mi definitivo regreso a Buenos Aires, cobraron otro ritmo. Creo que fue un alivio para las dos. Pienso ahora que no habrá sido fácil para vos ejercer el rol de **evaluadora** de mis textos escurridizos y dispersos. Evaluarme y quererme... Y para mí también fue difícil. Porque aún no había entendido que el amor supera, *excede*, es más grande y más fuerte, y si es verdadero, prevalece, a cualquier imperfección mundana.

Así, desde que empezaste a venir a Buenos Aires dos veces por año, te esperaba. Los hábitos nos condicionan. Advertí que cuando los jacarandás florecían anunciaban tu llegada de noviembre. Y si en cambio, eran los palos borrachos los que estaban en flor, llegarías en marzo. Muchas veces, sin ningún anuncio oficial de tu llegada, llamaba al teléfono de tu departamento y me atendías sorprendida. Te apurabas a decirme: “Estás en mi lista”.

¹⁰ Molloy, que estudia cuidadosamente los tonos de los sujetos textuales, no se inhibe en el momento de elegir el suyo. Sin llegar al “yo monumental” que lee en Sarmiento, usa una primera persona fuerte y decidida que no teme oponerse a otros grandes críticos, que tampoco escatima acuerdos y juicios positivos y que siempre, para cada caso, propone sus lecturas. *Acto de presencia* de la propia autora, que brinda un modelo de cómo investigar, de cómo leer, de cómo hacer crítica, y de cómo escribirla y que sea un placer leerla.

¹¹ La usé en mi análisis de “Autobiografía de Irene”, y vos, en la dedicatoria a mi primera edición de *En breve cárcel*.

Cursimente (otro modo del exceso) te respondí la última vez: “Sé que estoy en la lista de tu corazón”. Por eso me animo hoy a escribirte esta carta, y espero que me perdones por publicar estas cosas nuestras.

Comenzó entonces la época de nuestros paseos, de cafés compartidos, de visitas... De charlas en donde todo se mezclaba aunque indefectiblemente siempre terminábamos hablando de los “chicos”...y “chicas”, diría ahora, que mi conciencia de género no me perdona el uso de un genérico masculino. Todavía no me atrevo a usar la “e”. Le sigo buscando la vuelta a cada palabra que escribo o pronuncio. Supongo que hay algo generacional. Yo tengo la edad que vos tenías cuando te conocí. Y vos siempre tendrás la edad de mi mamá. Fue otra de las coincidencias: el año de sus nacimientos. Tantas veces pensé en sus vidas paralelas, tan distintas, casi opuestas... Y sin embargo, y a la vez, semejantes en el sentido de protección, de cuidado generoso y amoroso. Cada una a su manera me nutrieron y ampararon, me enseñaron y aconsejaron.

Finale,

“El exceso es decirlo todo, aun lo inconveniente”, sentenciaste en una de tus explicaciones. Y esta carta ya incurre en esa excesiva pretensión. Ya sabés, mi eterna dificultad para concretar, para terminar y (a)cortar. Aquí cerraré el sobre y despacharé esta carta. Con la esperanza diariamente repetida de que se cumplan aquellas palabras que me dedicaste en *Acto de presencia*:

... “con tantas cosas que quedan sin decir, para que nos volvamos a ver pronto y podamos decirlas entonces, con cariño, con abrazos, con besos”

Gracias por todo!

Un beso grande

Un abrazo fuerte

Desde mi terraza de Villa Urquiza, con el Chiquín despatarrado, durmiendo al sol,

Cristina

